



Presentación

Tuve oportunidad de conocer, por recomendación del profesor Edwin Sepúlveda, un bello texto de Fernando González Ochoa intitulado *“La Copa de la vida está vacía para Colombia”*, escrito en 1947 y publicado por el periódico El Colombiano el 14 de febrero de 1999. En sus líneas, el filósofo antioqueño narra algunos pormenores del proceso de defensa de Miguél Ángel Álvarez (atendiendo la solicitud del juzgado 5° Superior), acusado de la muerte de Abraham Ocampo. Sin embargo, más allá de la narración de los razonamientos que motivaron el discurso para la defensa de Miguél Ángel Álvarez, González deja ver, como esbozos de paisaje, un panorama de la Colombia de aquél entonces, antesala de la nuestra, “país cuyo dios es el dinero malganao; país que siente náuseas por el trabajo” (1999, p. 5) y que se vanagloria de sus parasitarias y tramposas victorias que, desde antaño, no permiten que podamos andar con la cabeza en alto. “Gane usted, joven, las elecciones, robando y matando, y será doctor honoris causa. Véndase y entregue el subsuelo patrio, y será presidente de la Unión Panamericana, o de la ONU o del Concejo” (González, 1999, p. 5), refiere el antioqueño.

González (1999) termina por argumentar, luego de una extraordinaria disertación, que la muerte de Abraham no fue culpa de Miguél Ángel, sino de los médicos “porque los médicos lo dejaron morir, por incapaces, o porque estaban por ahí en parrandas, en todo caso, por un descuido inexplicable” (p. 4), como muchos de los que acontecen en la Colombia de 2016. Me pregunto: ¿de qué sirven los conocimientos médicos si la falta de humanidad aparece de manera subrepticia como el principal asesino? ¿Para qué los honorables

doctores si un pago “justo” hace que se vendan al mejor postor? ¿Para qué un maestro que amedrenta y hace callar? ¿Para qué un sacerdote que subordina y maltrata? No es, finalmente, y esto hay que comprenderlo, un problema de profesión, es un problema de humanidad, de sensibilidad, de amor por el otro y por uno mismo.

Hay que parar con esta abominación de patria, abandonar el impulso fratricida que invita a desmembrar al otro ¿seremos capaces de sobreponernos a nuestras propias ambiciones? ¡Habrà que verlo! Es necesario acercarnos a los otros de manera desprevénida, honesta, tratando de nutrirlos en lugar de aplastarlos, tratando de construir juntos, como indica Víctor Raúl Jaramillo, una unidad planetaria, algo que podamos denominar la familia del mundo.

No sé, y es una pregunta que todo el tiempo considero, qué es aquello que vale la pena aprehender que pueda hacer a los hombres mejores seres humanos, no lo sé (aunque apostarí por una ética emancipada del “tú debes”, soportada en el “yo quiero” y “enseñada” a través del ejemplo). A pesar de ello, espero algo: que alguna de las líneas que componen éste o algunos de los números anteriores de *Perseitas* logre trascender el ámbito académico y potencie el reconocimiento de cada uno de los que trabajan por un mejor mundo mientras “el sol amanece para calentar gusaneras y se oculta para que estos culos de humanidad [que solo reconocen al otro para ultrajarlo, disminuirlo, exterminarlo, subordinarlo, etc.,] duerman abrazados de vergüenza, que no a sus remordimientos, que estos son de hombres” (González, 1999, p. 5).

Agradezco, de manera especial, a los autores de este número: Lina Marcela Cadavid, Edward Tamayo, Edison Viveros, Nelson Reinoso, Juan Esteban Londoño, Vivian Puentes, Juan Alberto Casas, Iván Darío Moreno, Camilo Moreno, Paz Molero Hernández, Alexander Rodríguez, Gloria López y Víctor Raúl Jaramillo, por mostrarse como posibilidad de camino, como esperanza para la construcción de un mejor mundo desde la humanidad y las letras. Asimismo, manifiesto el más sincero sentido de gratitud con cada uno de los pares evaluadores, el Comité Científico y el Comité Editorial por sus apreciaciones académicas; con el equipo del Fondo Editorial Luis

Amigó por su diligencia y empeño en esta empresa; con la filósofa Leidy Ríos por sus aportes y trabajo juicioso en el proyecto Perseitas, para ella una mención especial.

Referencias

González Ochoa, F. (1999). "La copa de la vida está vacía para Colombia". *El Colombiano, Literario Dominical* 14 de febrero, pp. 1-6.

David Esteban Zuluaga Mesa
Director-Editor Perseitas